

para conceder en todo ú en parte la remision de las penas temporales debidas al pecado, á los que fueren verdaderamente *penitentes y absueltos*, y en quanto pueda presumirse que sea agradable á Dios esta dispensa... Por freqüente que sea el uso que de este tesoro se haga, no temais se disminuya, ni que jamas se apure. No solamente el fondo de los méritos de Jesu Cristo, y de sus Santos no lo permitirá, sino que al contrario se aumentará, á proporcion del mayor número de fieles que en él hubieren hallado su santificacion." Apresuraos, pues, á participar de este inagotable tesoro de la misericordia de Dios ácia sus hijos, pero con espíritu de humillacion y penitencia, con gemidos del corazón, con dolor, detestacion y compuncion de vuestras culpas, para ser convertidos en nuevas criaturas, y dignos objetos de la Indulgencia y clemencia del Señor, que vive y reyna Padre, Hijo y Espíritu Sto. Dios, &c.

SER-



SERMON

DE SAN ROGELIO,

Patron de la Villa de Illora, predicado en 16 de Septiembre de 1772.

Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.
Matth. X.

SEÑORES.

Por una casualidad, para mí igualmente honorifica que sensible (1), y que

(1) El que tenia convidado el Sermon se habla quebrado una pierna pocos dias antes.

que os ha privado de un gran Orador, me veo precisado á publicar hoy las glorias de vuestro ínclito Martir y Patron S. Rogelio, digno discípulo de Jesu Cristo, y que le acompañó con la Cruz hasta el suplicio. El asunto es para mí temible, ya sea atendiendo á la grandeza del héroe á quien debo elogiar, ó ya á la gravedad del concurso, á cuya censura me expongo. Si atiendo á esto segundo, veo tres Senados integérrimos donde la circunspeccion y la sabiduría han profundizado sus raíces: un Senado secular que por su integridad es comparable al de Lacedemonia: un Cabildo Eclesiástico semejante por su sabiduría al de Cartago en tiempo de S. Cipriano: una Comunidad Religiosa, cuya austeridad de instituto emula gloriosamente á los habitantes de la Tebaida, y á las Congregaciones de los primeros siglos: un concurso en fin numeroso, igualmente piadoso que instruido.

¿Pues

¿Pues qué, si atiendo al asunto que debo delinear? Es el elogio de un héroe de la Religion; compatriota vuestro, mártir de Jesu Cristo, honor de vuestra Patria, y vuestro Patrono singular. Hablo del invicto Rogelio, insigne por su virtud, recomendable por su exemplo, loable por su zelo, y heróico por su constancia. Este hombre extraordinario formado como otro David á medida del corazón de Dios, es hoy el grande objeto de vuestra religiosa veneracion y de mis débiles conatos.

No necesito pues de fatigarme mucho para demostraros su excelencia. Todo en él se me representa grande. En su vida hallo un modelo de perfeccion cristiana; en su austeridad, un zeloso emulador de los Paulos, Antonios, Hilariones, y demas penitentes de la Tebaida: en su apostólico zelo, veo un glorioso imitador del Proto-mártir Esteban; de los Policarpos, Ignacios, Justi-

nos

nos y Ciprianos. Pero como la materia es tan extensa, no es posible reducir á un breve elogio el cúmulo de sus grandes virtudes. Limitome, pues, á demostraros su heroica constancia en la fé de Jesu Cristo, para exemplar de la nuestra. Única proposicion, digna de esta cátedra, de mi héroe y de tan respetable auditorio. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María Santísima. *Ave María.*

Et qui non accipit &c.

Para haceros visibles la admirable constancia de Rogelio, basta traerlos á la memoria las actas de su glorioso martirio. Ellas son propias á manifestaros la elevacion de su mérito, y asimismo á inflamar vuestros ánimos, arreglar vuestras costumbres, y corregir vuestras flaquezas. Refle-

xe-

xemos sobre estas dos verdades. No parece, señores, sino que en un solo Rogelio quiso el Omnipotente dibujarnos al vivo la inocencia de Abél, la equidad de Enoch, la justicia de Noé, la fé de Abrahán, la mansedumbre de Moysés, el zelo de Elias, la fortaleza de Josué, el sufrimiento de Job, la piedad de Ezechias, y el robusto pecho de S. Pablo. Su apostólico zelo superior á toda tiranía y á todo género de violencia, nos manifiesta bien, de quanto es capaz un corazon recto, que se propone por objeto de sus operaciones, zelar la gloria de su Dios.

Animado el Apóstol de las Gentes de este santo zelo, no dudaba gloriarse en el Señor, que ni la tribulacion, ni la angustia, ni la hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecucion, ni el suplicio eran bastantes á separarlo del amor de su Dios. Cierto estoy, decia, que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles,

ni

ni los Principados, ni las Virtudes, ni la fuerza, ni la elevacion, ni la baxeza, ni alguna otra criatura, en fin, podrá separarme de la caridad de Jesu Cristo. Esta grande alma adornada de tan singular constancia, y de tan ilustres acciones y trofeos, parece fué el glorioso exemplar que se propuso imitar vuestro ínclito Martir y Patrono S. Rogelio.

Acostumbrado desde luego á dominar sus pasiones, que es el mayor trofeo de la vida cristiana, supo triunfar gloriosamente de todos los enemigos del nombre de Dios. Su vida llena de edificacion nos manifiesta, que el camino para el martirio y la corona es el ejercicio de las buenas obras, y que los grandes premios solo se consiguen á fuerza de grandes trabajos.

Quando reflexiono sobre su vida, me parece veo uno de aquellos héroes, de quienes habla el Apóstol en su Epístola á los Hebreos, y de
quie-

quienes segun él mismo, no era el mundo digno. Por las cortas noticias que nos restan de su nacimiento y educacion sabemos, que renunciando la vanidad del siglo, se retiró al desierto á ser cohabitador de las fieras, sepultándose vivo en las entrañas de esa sierra; y gimiendo como inocente paloma en las cavidades de las peñas, juzga por menos peligrosa la compañía de las bestias, que el trato del mundo y de sus habitantes. Errante por esas montañas y escarpadas rocas, parco en el alimento, moderado en el sueño, mortificado en sus miembros, ocupado en continuos ejercicios de piedad, santificó vuestra tierra con sus plantas, ilustró vuestra patria con su exemplo, exáltó su mérito, acrisoló su virtud, y puso las primeras flores á la corona de su martirio.

Si, señores, en Illora su patria se alistó el glorioso y esforzado combatiente Rogelio, para salir á la con-

quista del Evangelio de Jesu Cristo; conquista heróica que le grangeó tantos laureles, y á vosotros tan singular honor y proteccion. Inflamado de un zelo apostólico, y no pudiendo ya ocultarse en vuestras montañas tanta luz, salió Rogelio de su patria á llevar como otro Pablo el nombre de Jesu Cristo delante de los Príncipes y Potentados, y á sembrar por el mundo el grano del Evangelio. Entró en la populosa Ciudad de Córdoba, Corte de los Mahometanos, baxo cuya dura esclavitud gemia á la sazón por sus pecados nuestra España. Y aunque estaba prohibido con pena capital á los Cristianos predicar la fé del Salvador, no contento Rogelio con predicarla en secreto, determinó enseñarla en público, no dudando que en tales ocasiones es el Espíritu del Padre quien habla por boca de sus Ministros, segun el oráculo del mismo Dios. Estimulado de este divino impulso, é

inflamado su corazon con la ardiente llama del amor de Jesu Cristo, y de la caridad con sus hermanos, que yacían en tinieblas, y en las negras sombras de la muerte eterna; entró en la gran Mezquita, en ocasion que los bárbaros ofrecían inmundos sacrificios á su falso Profeta. Desata este nuevo Pablo sus labios apostólicos, y empieza á predicarles la verdadera Religion, sin que los clamores de la ínfima plebe, ni los oprobrios con que le cubrian, ni los malos tratamientos que le hicieron, pudiesen impedirselo. Anuncióles á Jesu Cristo crucificado, su Divinidad, la sana doctrina del Evangelio, y el riguroso castigo que amenaza á los que de propósito cierran los ojos á la luz de la fé, deleitándose en las tinieblas de la ignorancia y del error.

Mas ellos que á imitacion de sus padres, segun la expresion de la Escritura, siempre han hecho resistencia al Espíritu Santo, lejos de agra-

decer el desengaño, y abrazar la verdad del Evangelio, se apoderan furiosos de la inocente víctima de Rogelio, con ánimo de sacrificarle á su ira y en ódio de Jesu Cristo; juzgando con ceguedad lamentable hacer obsequio á Dios quitando la vida á sus siervos, conforme al vaticinio del Salvador. Congregóse el gran consejo de iniquidad, y no solo fueron de acuerdo que Rogelio era reo de muerte, sino que por haber puesto por un último crimen sus pies en la gran Mezquita, y profanado su santuario, se le debían segun ley, cortar los pies y las manos.

Tal fué, señores, la sentencia de aquel infame conciliábulo. Rogelio á imitacion de Jesu Cristo su Maestro, la acepta voluntariamente y con gozo, viendo se le acercaba el complemento de su deseo, y la hora de sellar con su sangre la verdad del Evangelio. ¡ Con cuánta razon, pues, podia lamentarse con David, que

los

los Príncipes le perseguian sin causa! En efecto, él era injustamente condenado, de nada era deudor, á nadie habia hecho violencia, estaba inocente de la sangre del próximo, hablaba justamente, y no era oido, anunciaba la salud eterna, y era combatido, era impugnado sin crimen, era impugnado como reo, siendo loable en su confesion; era impugnado en fin como un malhechor, quando solo anunciaba el nombre del Señor, como se explica un Padre de la Iglesia. Pero aun siendo así impugnado sin motivo, permaneció Rogelio firme en su profesion, é invencible en la confesion de su fé.

Consideraba por una parte la furia inexorable de los Jueces, el molesto y grave ruido de las cadenas, la inhumanidad de los verdugos, y la crueldad del suplicio; por otra meditaba los preceptos divinos, que nos obligan á dar razon de la fé que profesamos; y sin perder de vista

el oráculo del Apóstol, que afirma no ser condignas las pasiones del siglo para alcanzar la gloria venidera, meditaba que siendo breve el tiempo y capciosa la mansion de este mundo, aun quando pasase por la dura tribulacion del agua y del fuego, sabria Dios concederle despues el refrigerio. Consideraba que si militaba sobre la tierra, grangeaba en el Cielo una corona; que si aquí era atormentado, entraria victorioso en su patria; que si aquí era castigado por los hombres, sería despues honrado por el mismo Dios; que con pocos momentos de trabajo conseguiria una eternidad de premio; que luchaba con un cuerpo corruptible, y que los honores del trofeo resultarian en un cuerpo glorioso; en fin, que si no elegia padecer voluntariamente por Cristo esta afliccion, habia de padecer necesariamente y á su pesar en la otra vida.

Animado Rogelio de estas santas má-

máximas, y transportado en espíritu al Cielo, decia con San Gregoriõ el Magno: ¿qué otra cosa es la substancia terrena comparada con la eterna felicidad, que un peso grave y molesto? ¿Qué otra cosa es el quotidiano defecto de la corrupcion que una muerte prolongada y prolixa? ¿Ó qué excelente gozo asistir entre los coros de los Angeles, servir con las espirituales inteligencias ante el trono de la Magestad, ver presente el adorable rostro de Dios, mirar con los propios ojos aquella luz inaccesible é inamisible, no ser jamas combatido con los horrores de la muerte! Mas para llegar á tan grandes premios, sé decir asimismo, es necesario pasar por grandes tribulaciones; porque nadie será coronado segun el Apóstol, sino el que legítimamente combatiere; es decir, el que siguiere hasta el fin á Jesu Cristo por el camino de la tribulacion. Infeliz de mí; ¿quién me librará de

las pesadas cadenas de este cuerpo, y me hará volar desembarazado de la corrupcion á los eternos tabernáculos! Deseo ser disuelto de esta carne mortal que me detiene, y estar con Cristo en la bienaventuranza.

Con estos y semejantes soliloquios animaba Rogelio su constancia, y aspiraba con ardientes deseos á la inmarcesible corona del martirio. Así quando llegó la hora de executar la iniqua sentencia, aunque veía por una parte armados los soldados; prevenidos por otra los ministros de la perfidia; aquí á los Magistrados y Xefes de la tropa; allí á muchos educados en el Real Palacio; aquí los Jueces; allí los que pasaban por casualidad; aquí los que seguían el acompañamiento; allí en fin, la muchedumbre de la ínfima plebe, expectadores todos impacientes del acerbo suplicio; descendió á él Rogelio con indecible gozo y confianza.

¿Qué sería, señores, ver al san-
to

to anciano, venerable por sus canas, recomendable por su zelo, estimable por su virtud, admirable por su doctrina, descender al estadio, que debia ser parca fatal de su último aliento, vestido de un hábito humilde y despreciable, dotado de un alma contrita, de un pecho robusto, inflamado de zelo por la honra de Dios, entregar su cabeza, sus manos y sus pies al cuchillo con sumo gozo y alegría, y sin dexar de ensalzar el nombre de Jesu Cristo? ¿Mirariais sin lágrimas un tan doloroso espectáculo? Permitidme exclamar aquí con el Crisóstomo, ¡ó ánimo invencible! ¡ó mente excelsa! ¡ó pecho celestial! ¡ó lengua bendita! que bendeciste al Señor, é hiciste que le bendixeran otros. Como si toda esta trágica escena fuese una cosa imaginaria; así entró Rogelio alegre en la palestra, y con indecible fortaleza de ánimo consumó su martirio y recibió la inmortal corona.

Tal

Tal fué, señores, la invencible constancia de vuestro glorioso Patrono. Reflexad algun tanto, os ruego, sobre su preciosa vida y muerte, y hallaréis que triunfó del mundo y de sus vanidades; que reprehendió las imposturas de los Mahometanos, haciéndoles patentes los delirios de su secta grosera; que selló con su sangre el Evangelio, dando con ella un ilustre testimonio de la Divinidad de Jesu Cristo; y que á todos nos manifestó una senda segura para caminar á la eternidad.

He aquí el raro exemplar que para vuestra edificacion os proveyó el Omnipotente dentro de vuestra misma patria, y ascendiente tal vez de alguno de vosotros. Esto mismo debería estimularos á su imitacion. Las solemnidades de los Mártires, dice San Agustin, sirven de exhortacion para el martirio, siempre que no seamos indolentes en imitar lo que celebramos con regocijo. Pero
no-

nosotros, como añade este Padre, queremos alegrarnos con los Santos, y no queremos padecer como ellos las tribulaciones de esta vida, siendo cierto, que el que no imitare á los Santos, quanto le sea posible, jamas podrá llegar á su bienaventuranza; pues como dice el Apóstol, no podemos hacerles compañía en su felicidad, sin acompañarlos en los sufrimientos.

Y si alguno me dixere ¿quién podrá imitar á los Mártires? Yo le responderé con San Agustin, que no solo á los Mártires, sino al mismo Señor de los Mártires podemos con su auxilio imitar si queremos. No me oigais á mí, añade este Padre, sino al mismo Jesu Cristo, que dice al género humano, aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; sed perfectos á mi imitacion y de mi Padre celestial. Oid asimismo al Apóstol San Pedro, quando dice: Cristo ha padecido por nosotros, y
nos

nos ha dado exemplo, para que podamos seguir sus huellas. Podemos, pues, imitar la constancia y fortaleza de los Mártires, si creemos los divinos oráculos.

Supuestas estas verdades, ¿en qué consiste, os ruego con el Crisóstomo, seais tan delicados combatientes? ¿Juzgais acaso que podréis vencer sin pelear, y conseguir el triunfo sin contienda? Preparad vuestras fuerzas, batallad con firmeza: considerad el pacto, atended á la condicion, recorred la milicia, el pacto que prometisteis, la condicion y milicia donde os alistásteis. No de otro modo combatieron los Mártires, y combatió Rogelio: baxo de esta milicia triunfaron todos. Considerad, que Dios está presente á vuestros combates, auxiliando vuestras débiles fuerzas. Vosotros sois fortalecidos, y debilitado vuestro enemigo: vosotros sois proveidos de armas sobrenaturales, y las saetas del

comun enemigo son desdichas: vosotros sois aplaudidos de los Angeles, y ellos mismos infunden terror en vuestros adversarios: vosotros sois dotados de fortaleza para quebrantar su malicia. ¿Qué mas? En vuestros combates el Señor pelea, y es á vosotros atribuida y remunerada la victoria. ¿Qué temeis, concluye este Padre, como si hubierais de vencer con vuestras fuerzas? Es Dios vuestra fortaleza y estipendio.

Y si no se nos presentan ocasiones de sacrificar nuestra comodidad y nuestra vida por la fé como á Rogelio, no por esto nos debemos juzgar exéntos de la tribulacion, y remotos del martirio; porque la vida de un Cristiano, si ha de corresponder como debe al Evangelio, ha de ser un martirio continuado, como se explican los Padres de la Iglesia. En efecto el Evangelio reduce la naturaleza estrechamente á sus leyes, sin permitirle ninguna incli-

nacion desarreglada. Nadie, pues, se juzgue libre del martirio de la tribulacion, martirio saludable, martirio prolongado, martirio necesario para la salud, martirio en fin, que todos podemos sufrir con fortaleza cristiana.

El Real Profeta daba gracias al Señor porque se habia dignado humillarlo con tribulaciones. Igualmente cada uno de nosotros debiamos á imitacion de los Santos, apetecer ocasiones de perfeccionar en ellas nuestra virtud y exaltar nuestro mérito. La lástima inconsolable es, que nos reputamos infelices quando sentimos la adversidad; que nos explicamos con amargura é impaciencia en la tribulacion; que el aire de la mas leve tentacion nos irrita; que pensamos nos tiene Dios olvidados quando está mas liberal y benéfico ácia nosotros; que perdemos las ocasiones de santificarnos en el mundo por nuestra falta de conformidad; finalmen-

mente que miramos con último abandono los intereses de Dios, inseparables de los nuestros.

No quisiera, señores, contristaros en día de tanta gloria y regocijo para vosotros. Mas la obligacion de mi ministerio, y el zelo que Dios me inspira, me han conducido insensiblemente á manifestaros estas verdades tan interesantes á vuestra salud eterna. Porque debeis estar altamente persuadidos, á que de nada os serviria reconocer las virtudes, el zelo apostólico y la invicta constancia de vuestro insigne Mártir y Patrono San Rogelio, si no le procurais imitar en vida y muerte, enriqueciendo de virtudes vuestras almas, tolerando las tribulaciones con paciencia y alegre conformidad, y defendiendo la honra de Dios, hasta agonizar por la justicia en caso necesario á imitacion de Rogelio. Nada se os pide imposible. Hombre fué como vosotros, concebido en pecado,

do, y sujeto á las mismas pasiones. Teneis por Padre al mismo Dios, que concedió á Rogelio vigor y fortaleza. ¿Porqué no os la dará á vosotros, si os preparais como él para obtenerla? Fiel es Dios, dice el Apóstol, y no permitirá seais afligidos, ni tentados sobre vuestras fuerzas. No pretendais, pues, disculpar con vanas excusas vuestra fragilidad voluntaria y desidia criminal.

Vos, ínclito Rogelio, desde el alto solio de grandeza, á que os elevó el Omnipotente por vuestra constancia apostólica en defender el honor y la Divinidad de Jesu Cristo, no os desdéis echar una mirada benéfica sobre vuestros patricios, que con tanto esmero promueven vuestro culto, gloriándose de reconocer por Patrono. Experimenten vuestro influxo poderoso los que os rinden sus afectos. Sea vuestra asistencia visible donde lo fueron en otro tiempo vuestras virtudes y penitencias.

cias. No sea infecunda para el Cielo una tierra que ennoblecisteis con vuestro nacimiento, honrasteis con vuestra presencia, y santificasteis con vuestras plantas. Alcanzad el premio de la generosa piedad, y cordial devocion con que este pueblo ofrece á Dios por vuestro medio el agradable sacrificio de sus corazones. Reciban en recompensa vuestra alta proteccion, y por medio de ella los inefables dones del Espíritu Santo. Consigan en fin por vuestra intercesion paz en esta vida, en la hora de la muerte gracia, y perseverancia final para gozar eternamente de Dios, que vive y reyna, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, por los siglos, de los siglos. Amen. DIXE.

